

no resiste la atropellada de las fuerzas negativas del odio.

Aquellos grandes maestros trabajaron con estos elementos. Es decir, con los materiales eternos. Aquí en nuestra América, no se puede hacer una literatura intelectualizada hasta extremos absurdos, deshumanizada como un bloque de hielo. Gonzalo Drago ha vivido en el campo y las minas. Ha visto cómo el hombre del pueblo deja sus energías, cómo su vida transcurre sin otra felicidad que la de tomar unos tragos para espantar la pena. Se ha dado cuenta el joven novelista, que hay una gran zona que para el hombre del pueblo, es como un paraíso inédito a donde no llegará jamás. Consumido por la ignorancia y por los vicios, no sabe lo que es el arte, no sabe lo que es el sabor de la belleza en sus más elevadas concepciones artísticas.

Y entonces Drago, en sus novelas, sin sermones, sin diatribas, sin prédicas, contando la vida únicamente, que es lo que debe hacer un novelista de verdad, ha expuesto la terrible realidad. Mucho le ha costado. El camino del escritor no es fácil. Golpe tras golpe; sin embargo no abaten a un verdadero temperamento de creador. Y Gonzalo Drago lo es. Saludamos el triunfo de nuestro amigo, con la mirada limpia, con el corazón alborozado. Como debe ser en esta noble emulación del arte.

<https://doi.org/10.29393/At309-25DLRA10025>

Dos libros

Ultimamente han aparecido dos libros de diversa índole literaria, pero de muy notable significado por lo que representan dentro de la carrera de un escritor, y en este caso de Benjamín Subercaseaux y de

José S. González Vera. Nos referimos a la novela «Jemmy Button», del primero y a «Cuando era muchacho», del segundo.

Subercaseaux es un hombre de extraordinario talento de escritor. A veces, él mismo, acaso en un alarde de alegre jactancia, ha dicho que no es novelista. Mas, él quiere ser novelista. Lo desea con decidida voluntad. Y ahora, después de «Rahab» y de «Daniel, niño de lluvia», publica bajo el signo de Er-cilla, una novela de 900 páginas, cuyo escenario es en gran parte las tierras magallánicas y en parte no escasa las tierras de la rubia Albión. Lamentamos que en el momento de escribir esta nota, recién comencemos la lectura de la novela de Subercaseaux y no podamos emitir, no un juicio, sino una apreciación de lo que ella nos dejó en la sensibilidad. Pero no hay duda y en esto nos confirma, la crítica que se ha hecho sobre esta obra, que ella representa un jalón notable en la obra del escritor, que al publicar una novela de tanto aliento, demuestra además de talento, una conciencia definida y determinante de la misión que ha echado sobre sus hombros. O sea, cumplir sin esquivar el bulto, con su destino de escritor. Y eso es bello y ejemplarizador como demostración de que el hombre debe seguir sin temor, desafiando todas las adversidades, el impulso de su corazón y de su sensibilidad.

González Vera, ganador del Premio Nacional de Literatura en el año que acaba de pasar, publica ahora un libro de recuerdos que es de gran importancia para definir su personalidad de hombre y de artista. Fino, muy personal en su manera de ver y de decir, sabe hilvanar la madeja de sus recuerdos en una trama atrayente y novedosa. No le interesa hacer reír estrepitosamente. Le basta con que sonrían

para celebrar lo que dice. Hay en ello un signo de mayor delicadeza, quién sabe si de aristocracia espiritual.

La prosa de González Vera es de gran corrección. De una pulcritud severa que no llega a la elegancia, ni al brillo mágico de un estilo a lo Miró o a lo Valle Inclán en sus Sonatas admirables. Es un escritor que siente el temor al vórtice de la creación torrencial, como si fuera a ser cogido por el torbellino de las palabras. Pero en su libro alienta una fuerza misteriosa que no se puede precisar en qué consiste. Un sugestionante atractivo, que nos lleva camino adelante cogidos por el encanto de estas estampas, que a ratos son verdaderas y certeras instantáneas. Algunas admirables, como la que titula «El Príncipe». Otras de una gracia espontánea y desconcertante como la que se refiere al poeta Winter, cuyas composiciones de corte romántico, sentimentales en extremo, tienen una especie de colofón ridículo y grotesco, al saberse que el poeta tenía una fábrica de pájaros en conserva.

El libro de González Vera tiene además una importancia singular, pues se refiere en gran parte, a toda esa etapa de inquietudes generosas de la juventud de comienzos del siglo. Anhelos de redención social, ilusiones de un mundo mejor. González Vera que es anarquista, se ve obligado por la vida a ser vendedor de pieles de lujo y por último a desempeñar las funciones de un burócrata en la Universidad de Chile. Pero el libro está escrito con gracia de hombre que no se ríe él mismo, porque tiene el orgullo de no querer ser vulgar, ni siquiera en eso. A veces llama la atención en él, tan cuidadoso en su manera de decir el uso excesivo de los superlativos,

hasta el extremo de que se los siente como un caramelo que comienza a hacer cosquillas en el paladar. «Finísimo, lentísimo, flaquísimos...». Algo también tiene que fallar en toda obra humana. Lo perfecto siempre está lejos de nuestras ambiciones.

El caso de «La Prensa»

A través de los siglos y acaso de los milenios se ha podido comprobar que el desarrollo de la humanidad, en su marcha hacia el progreso material, ha corrido a parejas con el destino del hombre en su ambición de conquistar la libertad. Las grandes jornadas históricas en que las religiones y las doctrinas de solidaridad humana, transformaron las costumbres y la moral de los pueblos, han estado en todo momento unidas al concepto de libertad, sentimiento que da una mayor elevación y dignidad a la vida del hombre civilizado.

La libertad es parte principal de la cultura y en la sensibilidad colectiva, el ideal supremo que ennoblecce el pensamiento en su búsqueda de fórmulas más generosas y amables de convivencia social. El egoísmo oscurece los claros dictados del amor y convierte en despotismo y en esclavitud, en el gobierno de los pueblos, todo aquello que pudo ser comprensión y disciplina, dentro de la jerarquía que establece el carácter y la inteligencia. Desde los días del paganismo los pueblos necesitaron de una mentalidad superior que dirigiera sus destinos. Pero los jefes de clanes o los señores feudales, por falta de cultura y de sensibilidad, creyeron que el poder que ejercían, les venía por mandatos divinos. En la tribu y en el